

ALCÁNTARA

XAVIER

**PIEDRAS EN
EL CAMINO**

ALCÁNTARA XAVIER

Del 23 de julio al 19 de septiembre de 2004

Centro Cultural Palacio de Villardompardo
Salas Temporales de Exposición



DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE JAÉN



Alcántara y Xavier en Menorca. Verano 2002.

LA PIEDRA...

MITO, LEYENDA, FUEGO, REALIDAD, MEMORIA

Por Tomás Paredes

Del mismo modo que en el corazón del bosque de plumas de los pájaros palpita el canto, en el mijaón de lo hondo de la piedra vibran lampos de silencio, el agua y el viento que enloquecen por su libertad, en ampos de hielo ardiente, que se desangra en remoto fuego que guarda todo lo que ve y purifica.

Los volcanes son los poetas más feroces, más hermosos, dioses capaces de transformar el aire en fuego, la llama en agua, el agua en piedra. Cuando llovía piedras sobre Pompeya, no era un castigo, era el milagro del volcán poeta, que escribía el gran poema trágico, desde la perversa belleza de su contingencia. Una mejana de ceniza, en la que florecían los gases y las gasas grises de mil tonos, se abrió sobre el mundo y nadie pudo respirar, quedando todo petrificado, testimonio del poder infinito del universo, cabe la ignorancia sin límite de los hombres.

Marius Schneider, en *El origen musical de los animales-símbolos en la mitología y la escultura antiguas*, Barcelona 1946, dice que *la piedra es la música petrificada de la creación*. La música es combinación de ritmo y armonía, arrojando el canto; la piedra es la solidificación de ese ritmo creador, feraz. La piedra tiene color, dolor, vida, y deja pasearse por su piel el limo del tiempo que la viste. Hay en esta muestra, sobrada presencia de esa música que se tiende sobre la cintura de los siglos, mostrándose en un alarde de sintonías y sinergias, de memoria/materia, que se prolonga en el devenir del tiempo sobre el hombre.

La dureza y la durabilidad de la piedra han impresionado siempre al hombre, que la ha consagrado y convertido en símbolo del ser, en mitos de representación o presencia. Las más antiguas figuras antropomorfas nos lo recuerdan, nos lo enseñan.

Existe el mito, los mitos de la piedra, sus leyendas: Mitra se alojaba en una piedra antes de nacer; los colores proceden de su noche y se ejercitan en el prodigio de deslumbrar. La *lapis lineus* de los romanos era tenida por un instrumento adivinatorio, anunciando sus nuevas profecías con el cambio de cromías y de gamas.

Para **Jung** los alquimistas no buscaban la espiritualidad en la materia, sino que la «producían» a través de un proceso de transmutación, en el que se buscaba la purificación. Cuando el creador transmuta una materia durísima, en algo leve, frá-

gil que vuela, está ejercitándose en un ejercicio alquimista, está, no buscando la espiritualidad, sino produciéndola: uno de los caminos para considerar la escultura en piedra, en materiales duros, hoy tan vituperados, tan menospreciados como el pensamiento, porque hoy todo es fugaz y veloz y no se da opción a los procesos largos.

Los griegos adoraban los onfalos, en Delfos, en una escenario natural prodigioso, impresionante, está el onfalos más venerado. Los hombres han adorado, desde el inicio, la piedra, y lo continúan haciendo, masivamente, como esas peregrinaciones a la Meca, donde se custodia la famosa piedra negra, *al hadjar alawad*, que está formada por tres trozos, ¡ una piedra santa, fragmentada!

¿Qué une este proyecto conjunto, «*Piedras en el camino*», de Alcántara & Xavier?: la materia y la memoria que aproximan a **litógrafo y escultor**, la piedra litográfica. **Pintura & Escultura** para establecer una comunión, lugares de encuentro, espacios que congregan.

A propósito de la pintura, en «*Tamayo en la pintura mexicana*», ensayo de Octavio Paz, incluido en el volumen *Las peras del olmo*, págs. 244-64, Imprenta Universitaria, México 1975, dice el poeta de la voz de maíz: «El cuadro es el lugar de reunión de muchas fuerzas. Como el poema, la pintura está hecha de reconciliaciones y de enemistades, rimas, correspondencias y ecos. No es un mundo privado, sino el espacio propicio al encuentro: es un sitio de comunión. "La poesía", escribí hace años, "intenta volver sagrado al mundo. De allí el recelo con que la han visto iglesias, capillas, sectas y partidos políticos. Mediante la palabra el poeta consagra la experiencia de los hombres y las relaciones entre el hombre y la mujer, la naturaleza o su propia conciencia"».

Hago, sin ambages, extensible a la escultura, todo lo que dice Paz de la poesía y la pintura, para situarnos ante las obras que conforman esta propuesta, orientada por la piedra, tanto desde un punto de su materialidad, cuanto desde un sentido metafórico. Mediante los volúmenes y las formas, la materia y el color, los artistas consagran «*la experiencia de los hombres... sus relaciones entre naturaleza y conciencia*».

«*Piedras en el camino*», en la que tanto convergen y divergen Alcántara & Xavier, se puede sintetizar en cuatro conceptos que la singularizan y la animan: *constancia de un itinerario, tránsito hacia el silencio, exposición de un mundo y la epifanía del material memoria*, tan valenteano.

En la etapa animista del mundo, *in illo tempore*, se pasó del sentido simbólico al mítico y religioso, consagrándose la veneración y adoración de las piedras, como algo sagrado. Hoy ocurre con otras materias, las más escasas; y con otras actitudes, las más ambiguas y deshumanizadas, al margen del arte, pero con denso influjo social.

Se muestran aquí, dando cuerpo a este proyecto, *pinturas, grabados y litografías* de **Xavier** y *esculturas* de **Alcántara**, todas ellas realizadas entre 2000 y 2004, bien por separado, en Francia y España, o en proximidad, pero siempre estableciendo un diálogo, que tensiona y dimensiona la idea del viaje, del camino, del mito, del deseo de afirmación, del desarrollo de las formas y la voz de la época dorada.

Al igual que *La Odisea* define «espacios cualitativamente diferentes», que vive Ulises, en su viaje iniciático, el pintor de los espacios plásticos refleja las secuencias de un periplo, que concreta en lugares de comunión, que coinciden con escenas de Menorca, de la mitología latina y, en suma, con vestigios de sabor griego y mediterráneo. «*Sendero*», que **Xavier** instituye, ocre y verde, como un misterio de iniciación; «*Piedras en el viento*», iniciando su transformación, como una crisálida que parte del útero del mundo.

Si nos detenemos en las esculturas, aso ahora, saltan a la vista los reflejos culturales que las informan, los hitos de otro itinerario, en el que dialogan los dioses y los hombres, la dimensión y el desarrollo sincrético: «*Ícaro*», las guedejas y la cabeza de «*El león*», «*La dama de Elche*», «*Calipso*», «*Ulises*», todos símbolos y mitos grecolatinos, con la excepción del débito instrumental, por la radicación del autor, de la cabeza de «*Cervantes*», «*La tiara de Cisneros*» o «*El Quijote*».

A través del personaje de **Ulises**, el hombre griego toma conciencia del poder del pensamiento; a partir de su viaje, de *La Odisea*, todos los viajes son iniciáticos. **Ulises** es un hombre reflexivo, como los son el pintor y el escultor, que practican «la acción y efecto de reflejar o reflejarse» sobre el lienzo, en la materia con forma, con desarrollo y síntesis, creando espacios propicios «al encuentro».

Jean Giono, el mágico suriada, que sabía hablar con las estrellas, que conocía los caminos del cielo, llamó a **Homero**, «príncipe de la ilusión» y dijo que el color de *La Odisea* es el azul. Azul de fondo en los lienzos, piedras azules y mares, cabe piedras tostadas que se vuelven de índigo en el véspero y al amanecer. Antes de que la noche nos deje, antes de que el día nos invada, ¡fijáos bien, cómo en ese ámbito todo es azul!; la naturaleza, como aquel Merlín menciñeiro de **Álvaro Cunqueiro**, sabe volver azul un pueblo, el mundo, el viaje, los cantos de las sombras y los salmos de las obras; el arte susurra a los oídos del espíritu y pone ojos para identificar otro mundo instalado en la claridad, en la ambición de la perfección.

Todo lo que aquí está reunido hace relación a *un itinerario*, a un camino. Un itinerario circular, que parte de uno mismo para volver a donde partimos, como el poema de **Octavio Paz**, «*Piedra de sol*», que finaliza con los seis mismos endecasílabos con los que comienza, incidiendo en su recorrido circular, en su ir y venir hacia sí mismo, que es lo que el arte impone y exige, cuando es de uno, sin mirar a otro lado que al interior de cada quien: «*un sauce de cristal, un chopo de*

agua,/ un alto surtidor que el viento arquea,/ un árbol bien plantado más danzante,/ un caminar de río que se curva,/ avanza, retrocede, da un rodeo/ y llega siempre...» («La piedra del sol», es el nombre popular español del llamado «calendario azteca», conocido monumento que es, a la vez calendario y *cuauhxicalli* ("vasija del águila" en náhuatl), o piedra de sacrificio»; nota de la edición de E. Mario Santi, LBP, Cátedra, Madrid 1998).

Segundo elemento: *tránsito hacia el silencio*. No hay arte sin soledad, el artista se ha de poner frente al espejo de su propia conciencia y mirarla, en silencio, tomándole la pulpa a la sobriedad, para insuflarla luego en su obra y hacer que el espectador la sienta, no como una imposición estética, sino como un don ético, como un destino preciso.

Hölderlin, en una carta de su primera estancia en Homburg, 1798-1800, sentencia: «*Donde la sobriedad te desasiste está el límite de tu inspiración*». ¿Qué inspira, hoy, todo lo que se quiere presentar con la vitola de arte, si está tan lejos de la sobriedad?

Entre los bastones que el caminante necesita para su recorrido está éste *tránsito hacia el silencio*, ese espacio donde se ubica la sorpresa, la exigencia, el vigor y el rigor, que no es otra cosa que «*Ese buscar el origen que todos quisiéramos abrir para admirar el fruto dormido y gustar el sabor imposible*», como quería Rosamel del Valle.

... itinerario, tránsito hacia el silencio, expresión de un mundo. Toda obra, con independencia de su factura, de su técnica, debe, ha de expresar un mundo. ¿Qué muestra **Xavier**? La noche azul mediterránea, sus raíces, los colores recobrados, la vuelta hacia el mundo sensual y mítico, las tortugas ancestrales y las piedras milenarias, volcánicas, en las algaidas del mar y de la vida; el fondo del mar y el fondo del cielo, los lucos transitados por la soledad; la luna, como una tajada de nieve de agosto; los árboles, como vestigios, testigos, hiniestra a un orbe que es de hoy y de mañana.

¿Y **Alcántara**? La suntuosidad de la piedra, de Colmenar o arenisca o caliza; el terciopelo de su piel acariciado por un diamante, la estuosa frialdad de su mutismo; el vuelo de sus formas, como ese «*Halcón peregrino*», que parece querer elevarse del antebrazo del cetrero; «*El león*» poderoso, abierto de guedejas, llenándolo todo, como una rosa del desierto que se abre y cubre todos los ángulos de nuestra visión, que se derrama en los altares de la luz como se desborda un corazón apetecido, el blanco en su puro principio.

¿Qué quiere expresar? ¿Qué dice? El mito, la restauración del mito a través de la mirada actual; alimenta la leyenda, la síntesis de un pensamiento sobre el mundo antiguo imbricándolo al presente, como quería T. S. Eliot, en su poesía, uniendo al pasado, el presente y el futuro, todos los tiempos en un tiempo, en su tiempo. Dice, el fuego, la realidad, sus estados de inocencia, las formas esen-

ciales de su concepción y de su percepción para ensamblar los segmentos, las coordenadas que ordenan su actitud.

«Ícaro» despliega sus alas para elevarse, mientras «Don Quijote» es como un pináculo futurista, en el que se enrosca toda la fantasía de su vivencia, toda la magia de su idealización, toda la grandeza de su universo sin parangón. «Cervantes», una de las torres alcalaínas, un tanto unamuniano, vigía y recio, en su vigilia, con su imponente presencia, muestra la sazón, su plenitud. Todavía, «La tiara» cardenalicia de Cisneros, como un soplo cubista, un esqueje de realidad salida de un sueño plateresco, pellizco de piedra arrancada a un acantilado afilado por el viento, suena a plegaria y a cantoral, a dignidad distante que vigila la ortodoxia y anuncia la austeridad.

Un mundo figurativo y abstracto, donde dialogan el informalismo y lo referencial, sostenido por una sólida estructura y perfilado con la técnica de talla directa, con un resultado espectacular. La piedra como un canto del sol, tostada y desnuda, con sus poros y sus vestigios ancestrales mineralizados, ¡materia despertada de un sueño de miles de años!

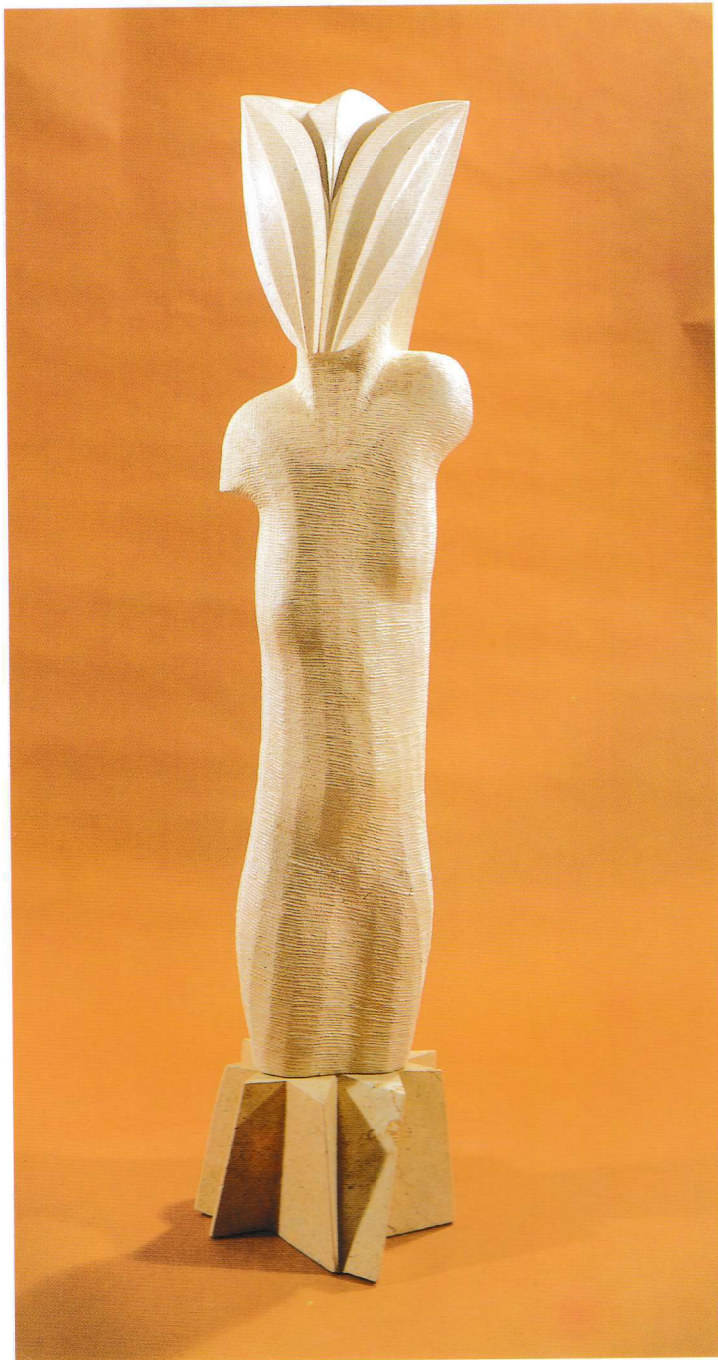
... un itinerario, un tránsito hacia el silencio, la expresión de un mundo, *la materia como memoria*. ¿De qué?, del hombre, de la afirmación de las inquietudes y sospechas del hombre. ¿Por qué se crea, por qué se poetiza? Para testimoniar un pensamiento y un sentimiento, para dejar constancia del paso, para arrojar semillas esperando que germinen, para decir/hacer aquello que diferencia al hombre y le exalta.

La materia como metáfora, memoria de un pasado, testigo de un presente continuo. Materia con espíritu, trascendente, con hambre de eternidad: « *El espíritu es la metáfora de la infinitud de la materia* », nos dejó dicho José Ángel Valente.

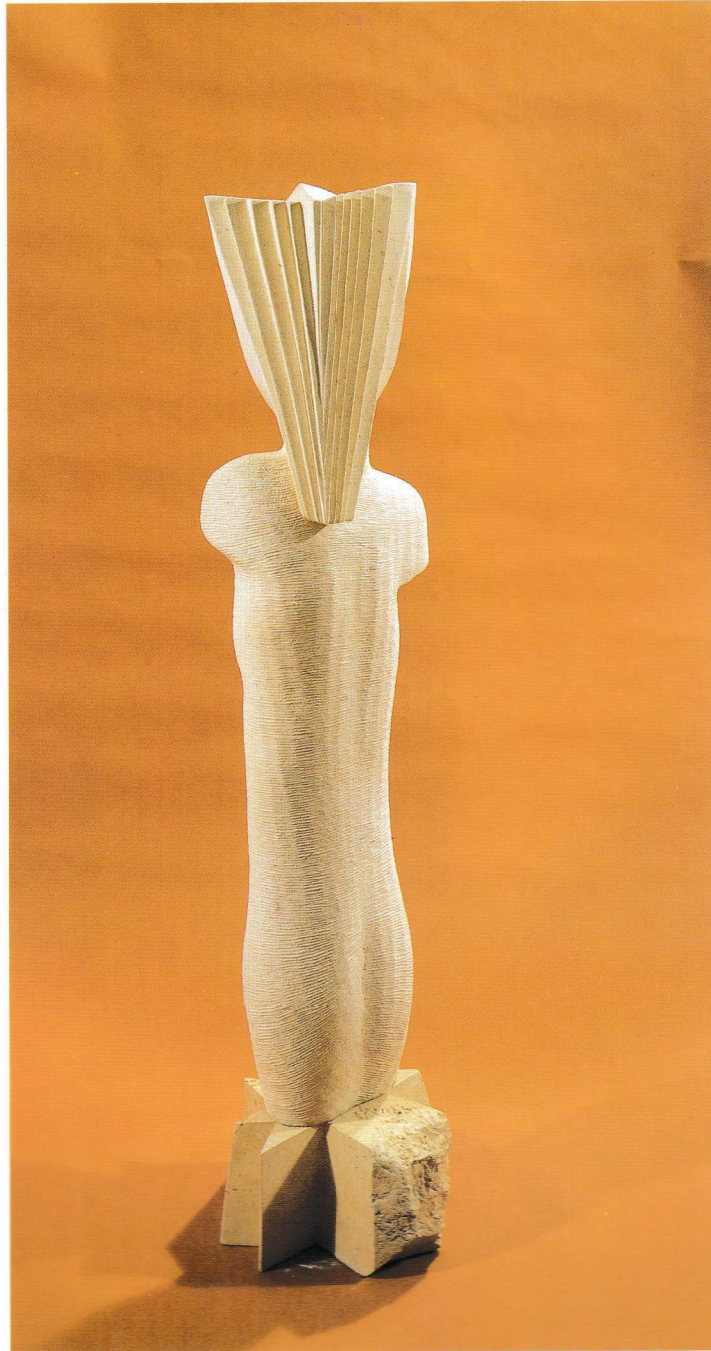
Testimonio de camino, de comunicación, de tránsito, de mediterraneidad, de memoria del fuego. Arden las páginas de mañana ya con un fuego nunca repudiado, para guardar en su memoria el germinal contenido de la presencia, la inmanencia. El arte es la expresión de comunicación de valores, la memoria y la materia de la semilla.

En el *Livre du Partage*, en una de sus partes, que el poeta de las sombras, titula «Pages Brûlées», escribió Edmon Jabés, «*Comment lire une page déjà brûlée, dans un livre qui brûle, sinon en faisant appel à la mémoire du feu; disait un sage*».

«¿Cómo leer una página quemada de un libro que arde, sino recurriendo a la memoria del fuego». Los que ven, pueden leer, interpretar, crecer; los ladrones del fuego pueden retenerlo, lo ponen en sus obras, en estas obras, que llamamos «de arte», que son depositarias de esa memoria del fuego y del espíritu de los elegidos.



«Calipso»
123 x 30 x 30 cm.
Material: Atalfe. Año 2002
Talla directa



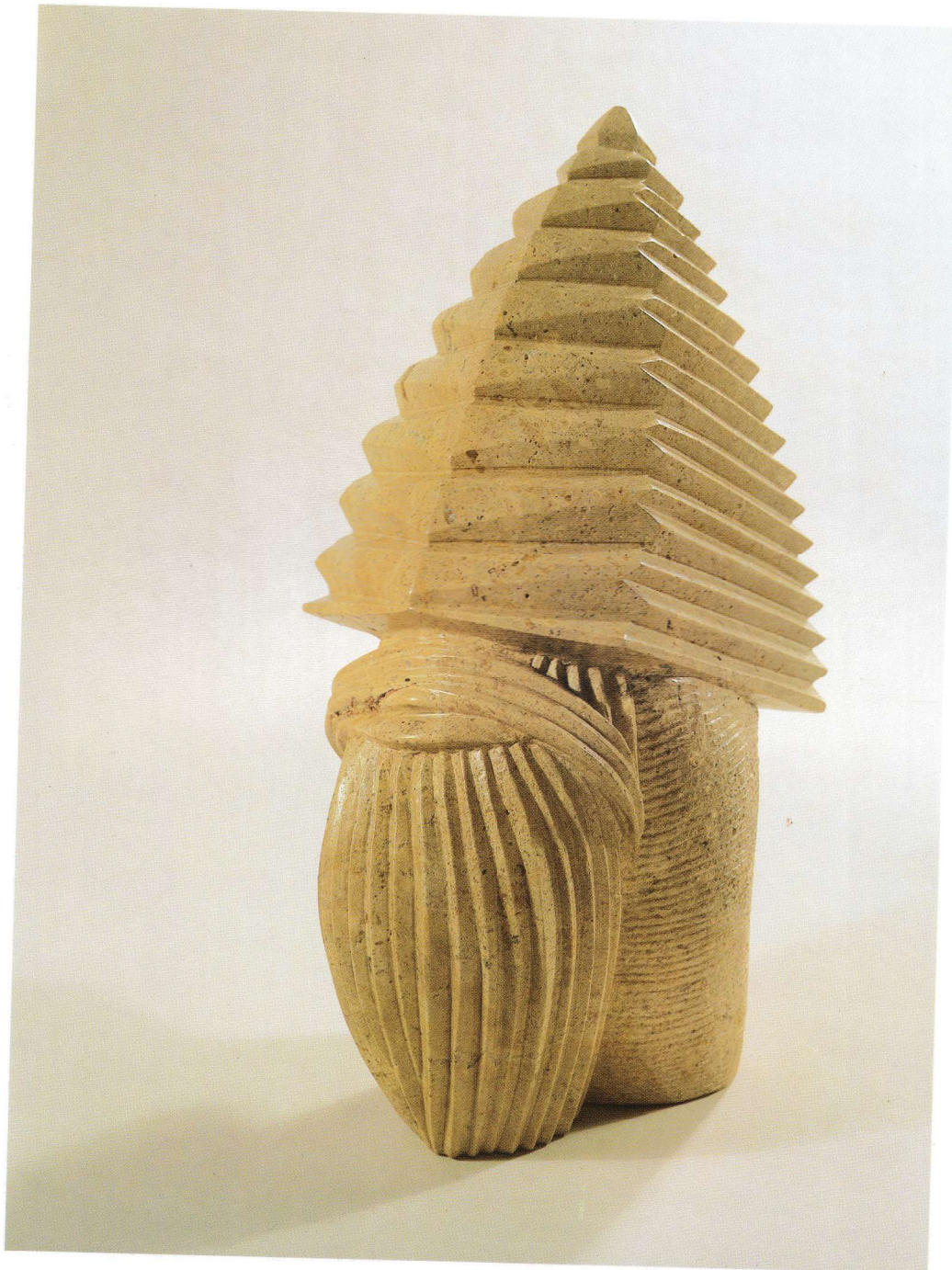
«Calipso»
123 x 30 x 30 cm.
Material: Atalfe. Año 2002
Talla directa



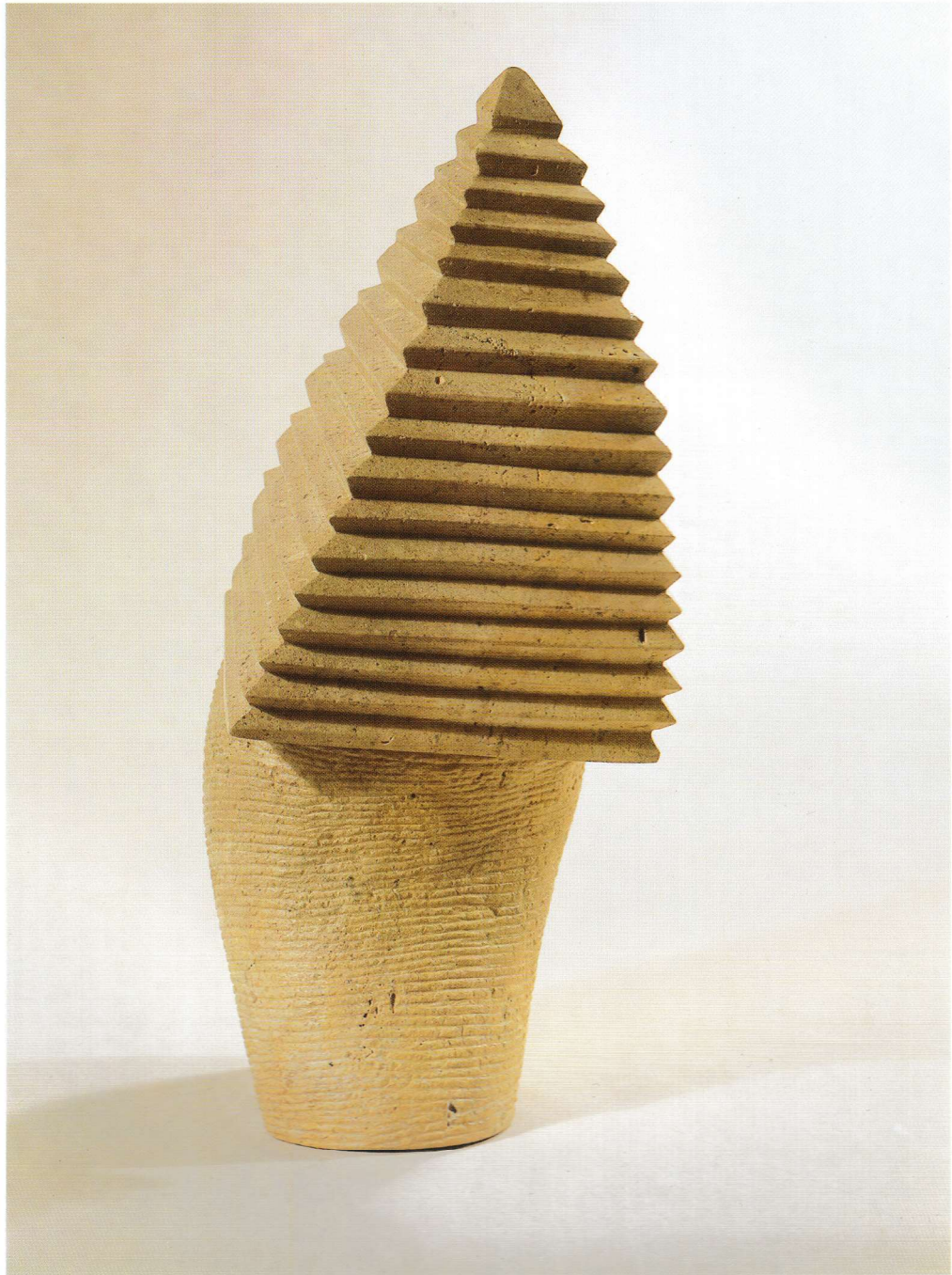
«Cervantes»
54 x 52 x 30 cm.
Material: Colmenar. Año 2004
Talla directa



«Cervantes»
54 x 52 x 30 cm.
Material: Colmonar. Año 2004
Talla directa



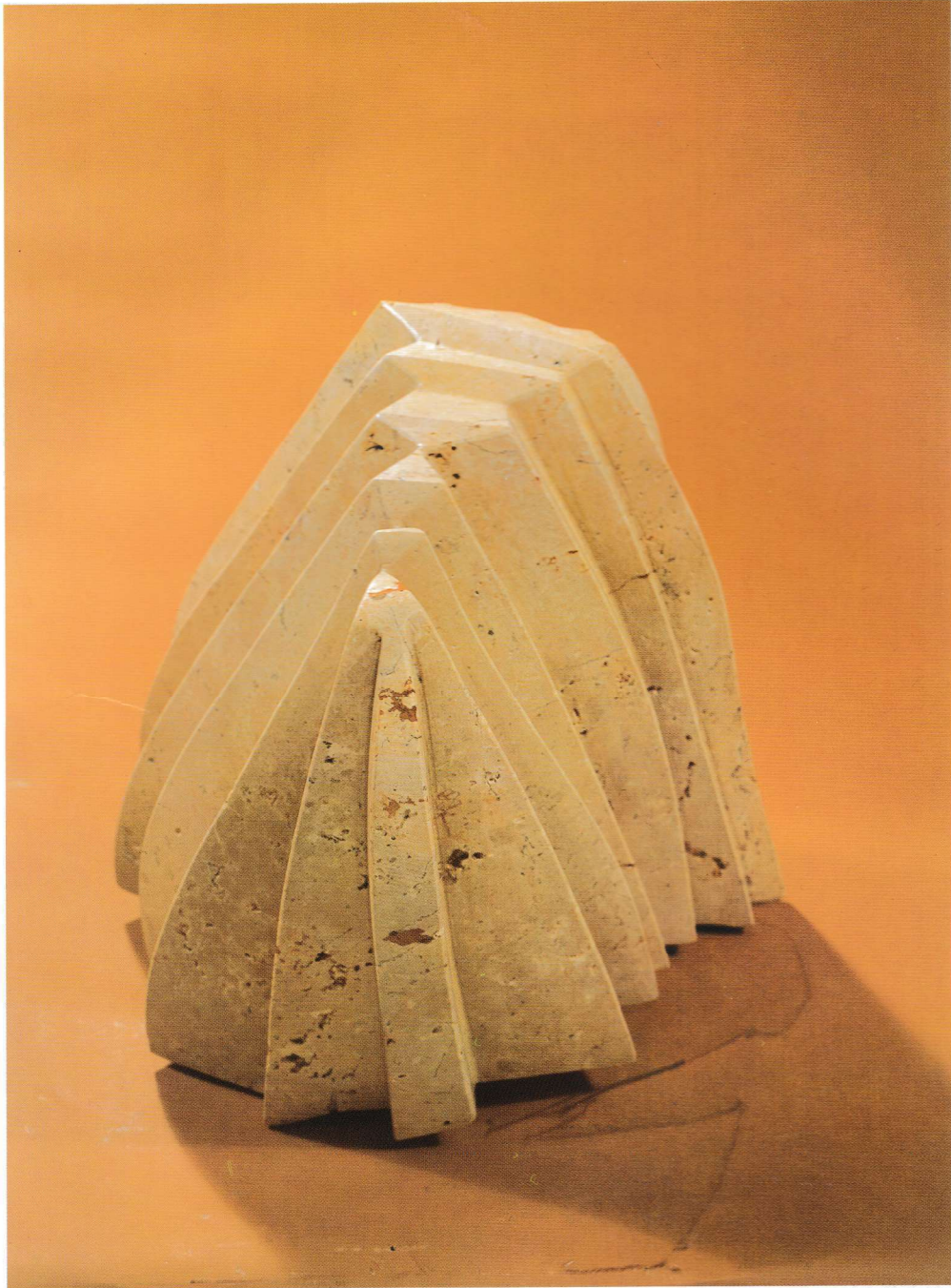
«Quijote»
46 x 18 x 24 cm.
Material: Piedra de Morata. Año 2004
Talla directa



«Quijote»
46 x 18 x 24 cm.
Material: Piedra de Morata. Año 2004
Talla directa



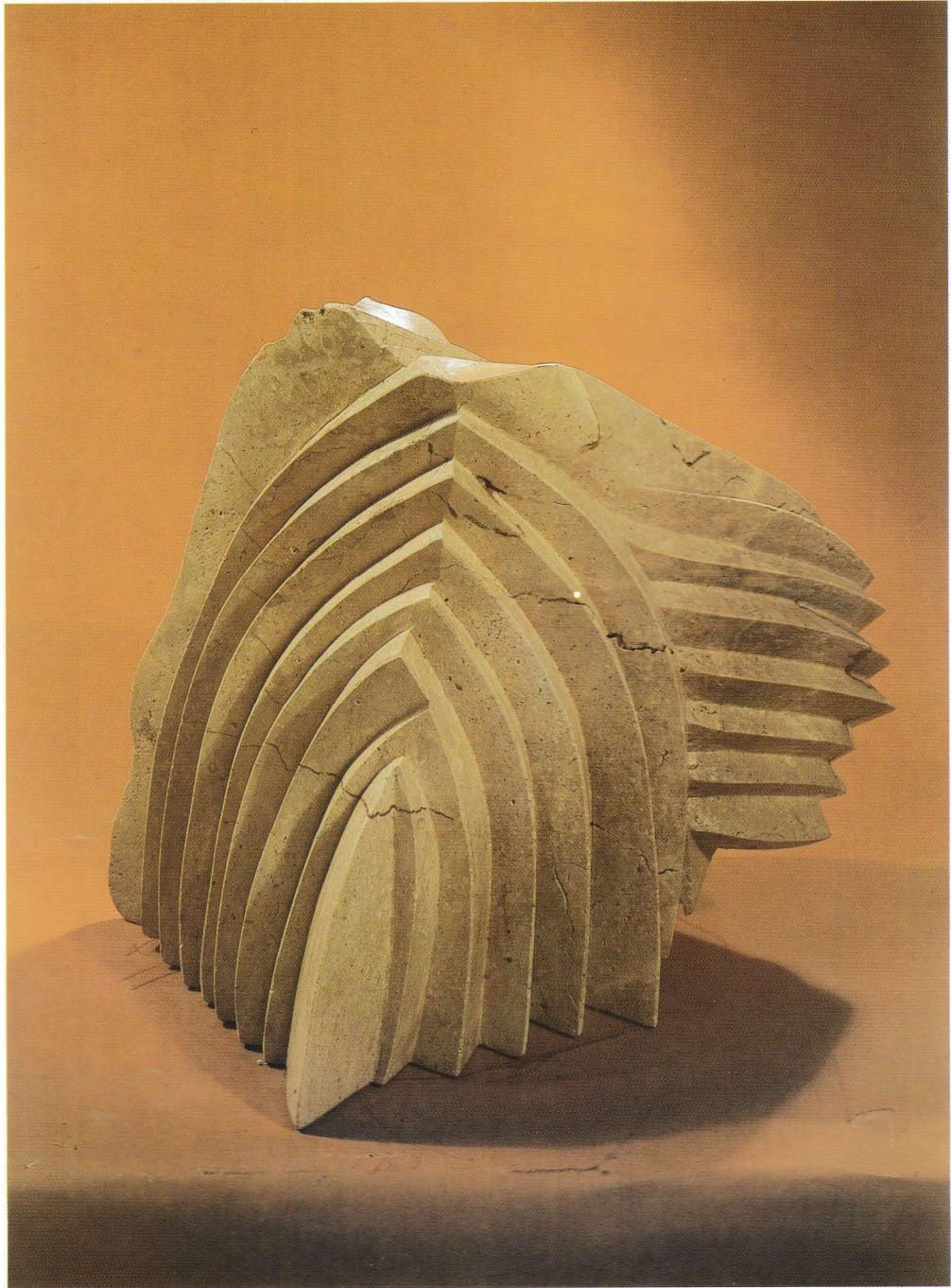
«Ícaro»
41 x 40 x 31 cm.
Material: Piedra de Tamajón. Año 2003
Talla directa



«Ícaro»
41 x 40 x 31 cm.
Material: Piedra de Tamajón. Año 2003
Tala directa



«Cabeza de León»
47 x 60 x 34 cm.
Material: Piedra de Morata. Año 2003
Talla directa



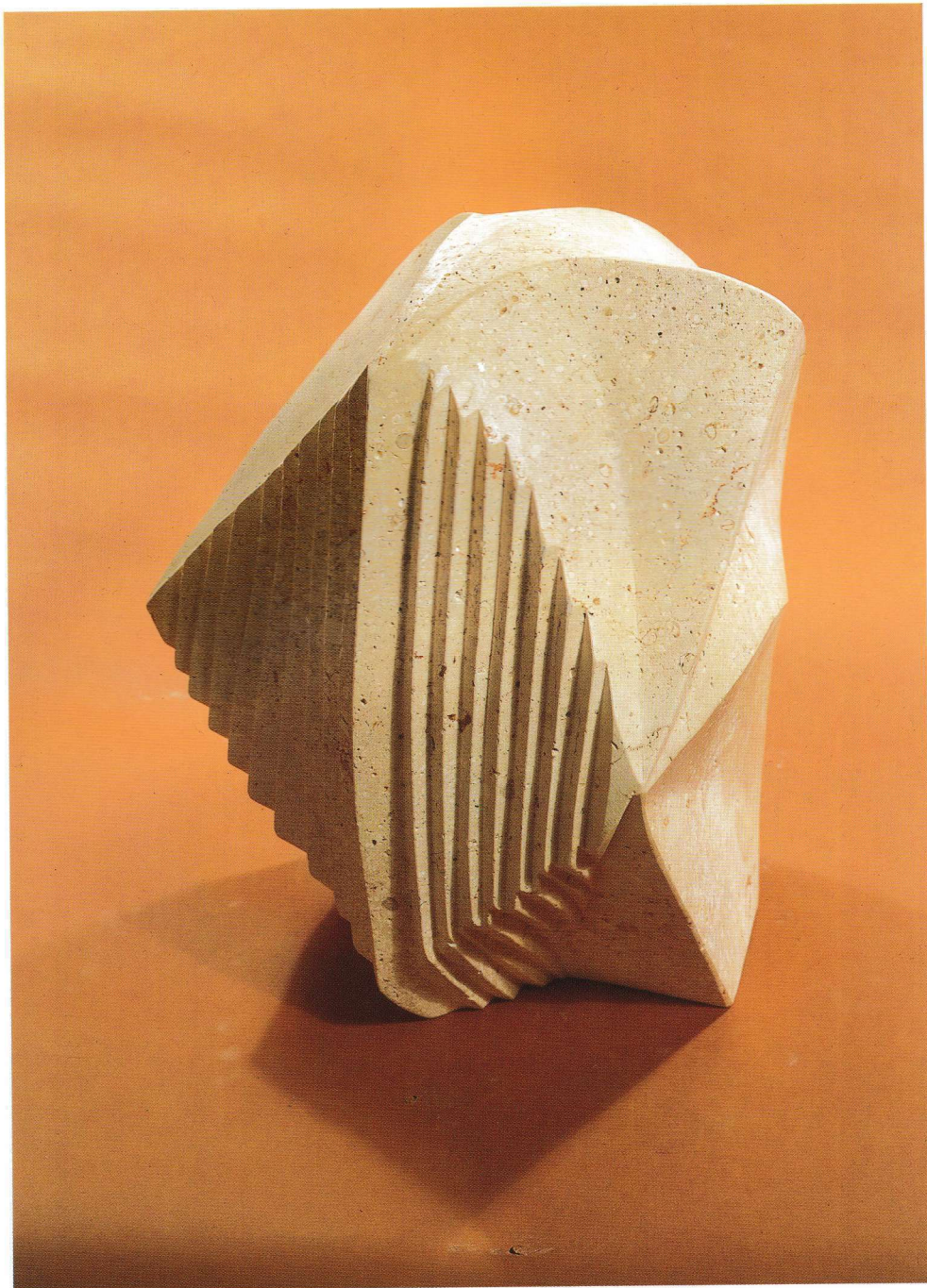
«Cabeza de León»
47 x 60 x 34 cm.
Material: Piedra de Morata. Año 2003
Talla directa



«Hathor»
33 x 26 x 32 cm.
Material: Piedra de Tamajón. Año 2004
Talla directa



«Hathor»
33 x 26 x 32 cm.
Material: Piedra de Tamajón. Año 2004
Talla directa



«Yelmo»

44 x 33 x 41 cm.

Material: Piedra de Alcalá de Henares. Año 2003

Talla directa



«Rocabilis»
44 x 33 x 26 cm.
Material: Piedra de Tamajón. Año 2002
Talla directa



«Halcón»
56 x 46 x 15 cm.
Material: Colmenar. Año 2004
Talla directa



«Dama de Elche»
48 x 30 x 33 cm.
Material: Piedra de Tamajón. Año 2002
Talla directa



«Dama de Elche»
48 x 30 x 33 cm.
Material: Piedra de Tamajón. Año 2002
Talla directa



«Serie Antropos I»
47 x 30 x 46 cm.
Material: Colmenar. Año 2002
Talla directa



«Serie Antropos II»
30 x 60 x 20 cm.
Material: Colmenar. Año 2004
Talla directa

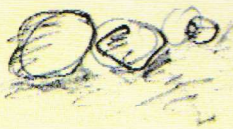


«Tiara»
54 x 43 x 51 cm.
Material: Colmenar. Año 2003
Talla directa



«Tiara»
54 x 43 x 51 cm.
Material: Colmenar. Año 2003
Talla directa

PIEDRAS
EN EL
CAMINO



XAVIER
ELEMENTOS PARA EL
CATÁLOGO